

Fernando Betancourt Martínez

Historia y lenguaje.

El dispositivo analítico de Michel Foucault

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas/
Instituto Nacional de Antropología e Historia

2006

152 p.

ISBN 968-36-9919-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 11 de diciembre 2014

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/lenguaje/foucault.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

LA EXTERIORIDAD DEL LENGUAJE: EL AFUERA DEL PENSAMIENTO

Hay entonces una delimitación en el terreno del lenguaje que será crucial para el análisis arqueológico, a saber: las palabras sólo se despliegan en su propia materialidad discursiva. De ahí se pueden sacar dos tipos de consecuencias; por un lado, no se trata de buscar en la profundidad de las palabras aquello que designan, y, por el otro, tampoco son un mecanismo por medio del cual alguien se expresa. Se presenta aquí la necesidad de suspender un tipo de análisis que busque en la interioridad del decir la marca de otra cosa, la señal de algo que nos arroje, por fin, al sendero luminoso de la verdad disimulada. Habrá que reconocer, por fin, la imposibilidad de restaurar esa lozanía localizada en la íntima relación del lenguaje con las cosas, con el mundo. El lenguaje “tiene un ser, y es sobre este ser sobre el cual hay que interrogarlo”.¹ Este ser interrogado marca, en el cruce del asombro, el proceso mismo de una ontología, ontología del lenguaje, cuya posibilidad descansa en esa delimitación señalada arriba por medio de la cual se constata la inoperancia de lo que se designa y, en un mismo movimiento, la desaparición de aquel que habla. Así se despeja esta ontología.

Ahora bien, la necesidad de dejar hablar al lenguaje por él mismo no supone establecer un espacio en el que se manifieste su propia interioridad, pues las palabras carecen de intimidad; por eso trabajar con ellas no solicita la atención de un cirujano que, con su escalpelo, traspase la dureza de una superficie para acceder a una hondura esclarecedora, trabajo que hace visible, en la violencia de ese hurgar, aquello que antes no lo era y someter, con ello, el secreto misterioso al escrutinio de un ojo exhaustivo y de una vigilancia extrema. El camino que Foucault nos propone va en un sentido inverso, pues quiere encontrar en la forma de una exterioridad el proceder de la dispersión en la que el lenguaje se juega. Esto es, convertir al lenguaje en un acontecimiento, en un evento cuya naturaleza no está determinada por la coherencia, por la unidad prefigurada y soberana que impone su ley. El lenguaje-acontecimiento no se refiere a una positividad ni a una

¹ Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, v. 2, p. 338.

esencia por descubrir en ella; más bien es un efecto dado por la dispersión, por la diferencia, por lo heterogéneo. Nunca se logra una cohesión, por tanto, a la sombra de una conciencia fundadora, es una forma de exterioridad en la que los enunciados se dispersan para aparecer, finalmente, en un campo de diseminación.² El afuera es una apertura, una distancia:

La literatura no es el lenguaje que se identifica consigo mismo hasta el punto de su incandescente manifestación, es el lenguaje alejándose lo más posible de sí mismo; y si este ponerse fuera de sí mismo, pone al descubierto su propio ser, esta claridad repentina revela una distancia más que un doblez, una dispersión más que un retorno de los signos sobre sí mismos. El sujeto de la literatura (aquel que habla en ella y aquel del que ella habla), no sería tanto el lenguaje en su positividad, cuanto el vacío en que se encuentra su espacio cuando se enuncia en la desnudez del “hablo”.³

La *transitividad* del lenguaje se pone de manifiesto con la simple afirmación “hablo”. Transitividad, en este caso, se refiere a una situación opuesta a la inmanencia y en ese sentido se instala fuera del ser, lo rebasa. Pero también alude a aquello que es movimiento y en tanto movimiento soporta el desasosiego de lo perecedero, de lo que pasa y no deja nada tras de sí; es pura variación enfrentada a la dimensión de lo inmutable y duradero, a eso que siempre permanece inalterable. Entonces, transitividad evidencia de suyo una magnitud temporal que no puede soslayarse de ninguna manera, pues marca la forma misma de la dispersión del lenguaje.

¿Qué sucede cuando digo que hablo? Para empezar, es una afirmación que se cumple en sí misma pues no hay nada más en ella que la pura afirmación de que “hablo”, de que estoy diciendo sólo eso y nada más que eso. Se descubre, entonces, que esta simple palabra no se encuentra sustentada por otra cosa que ella misma, pues no hay un discurso previo que la soporte y la justifique en una referencia privilegiada respecto a otro decir. “Hablo” es, por tanto, un emplazamiento vacío, de tal suerte que si bien no es un efecto expresivo que intente comunicar un sentido, tampoco, por ser vacío, es “un retorno de los signos sobre sí mismos”;⁴ traza el índice exacto de la exterioridad, constituye el ser en bruto del lenguaje. En este caso, la exterioridad no tiene que ver con la férrea voluntad que anhela un “fuera de sí”, en

² Georges Deleuze, *Foucault*, p. 84-85.

³ Michel Foucault, *El pensamiento del afuera*, p. 12-13.

⁴ *Ibidem*, p. 13.

tanto distancia pertinente que le ofrezca reconocimiento propio, para después, finalmente, restituirse a la seguridad de esa interioridad primera. El afuera es el espacio donde las palabras vagan, se dispersan de manera indefinida “formando una red en la que cada punto, distinto de los demás, a distancia incluso de los más próximos, se sitúa por relación a todos los otros en un espacio que los contiene y los separa al mismo tiempo”.⁵

Es el murmullo continuo del lenguaje el que dicta los términos de su propia diseminación. Espacio de dispersión que, además, notifica de otra ausencia: la de aquel que se presenta como el sujeto de la enunciación. El sujeto que habla desaparece al perder su identidad como conciencia soberana. Esta conciencia se manifiesta a partir de la expresión *pienso*, expresión que genera un marco de certidumbre sobre el que se edifica la identidad del *yo*, poniendo con ello en evidencia el carácter de su dominio como conciencia racional. El vocablo *pienso* necesita instalarse en una forma de lenguaje que responda, punto a punto, por la solidez de una unidad que posibilite dar cauce a la construcción paciente y enconada de una identidad, que se someta a la búsqueda interminable de la verdad, de la verdad del ser, de su verdad y que autorice formularla como expresión última de su propia actividad. Necesita de un “discurso reflexivo” que, en su transparencia, ilumine el desarrollo y el trabajo de la razón. Para Foucault aquí se encuentra un peligro pues este trabajo de la razón, desplegado bajo la forma de un discurso reflexivo, significa retornar al camino de la interiorización anulando, con ello, el acceso hacia la exterioridad.

De ahí la necesidad de reconvertir el lenguaje reflexivo. Hay que dirigirlo no ya hacia una confirmación interior —hacia una especie de certidumbre central de la que no pudiera ser desalojado más— sino más bien hacia un extremo en que necesite refutarse constantemente: que una vez que haya alcanzado el límite de sí mismo, no vea surgir ya la positividad que lo contradice, sino el vacío en el que va a desaparecer; y hacia ese vacío debe dirigirse, aceptando su desenlace en el rumor, en la inmediata negación de lo que dice, en un silencio que no es la intimidad de ningún secreto sino el puro afuera donde las palabras se despliegan indefinidamente.⁶

¿No hay en el párrafo anterior el eco soterrado de una risa? Sí, la risa de Foucault, que no está ahí donde suponemos sino en otro lado, siempre en otro lado desde donde nos mira, riéndose. ¿En qué lugar

⁵ *Ibidem*, p. 12.

⁶ *Ibidem*, p. 24-25.

está Foucault?, o más bien, ¿qué es lo que se oculta hoy detrás del nombre Foucault? ¿Qué son un autor y una obra? ¿Qué significa decir que Foucault dice, que Foucault afirma, que Foucault piensa? En efecto, la risa de ese fantasma es la resonancia irónica que nos acompaña cuando tratamos de apresar el punto cero, el centro, la *esencia* de un pensamiento en el sustrato de una escritura. Un trabajo como éste, un libro, es decir un discurso particular, pone en juego ese mecanismo propio del lenguaje reflexivo que quiere (y que por tanto se postula en términos de un deseo) mostrar, en su culminación, el relámpago de una certidumbre, de una claridad irrefutable. El afuera es el espacio de una estrategia, estrategia de la dispersión, que al aludir al despliegue lúdico de lo múltiple apuesta contra toda centralidad, contra todo intento de ubicar en una posible coherencia las determinaciones condensadas que se ocultan bajo un nombre propio y una *obra*. En el afuera no hay centro ni márgenes. El nombre Foucault es un emplazamiento vacío; no es el espacio de una unidad en la que se resume todo lo que el personaje Michel Foucault dijo alguna vez, escribió o pensó.

Cuando nos referimos a la obra de Foucault nos sometemos a las tensiones de un doble simulacro: primero, aquel que intenta re-crear a partir de un origen, de una fuente primaria, de una subjetividad fundadora, los elementos en bruto de un pensamiento que después se convierte en escritura; es a partir de este trabajo que se vuelve posible ubicar tal subjetividad en el estanco de una caracterización que lo explique todo, de tal manera que la escritura transparenta las significaciones al nivel del autor. Segundo, con respecto a la obra se opera una forma de discrecionalidad que permite, de acuerdo a supuestos previos, establecer aquellos libros signados por el nombre Michel Foucault como manifestaciones de una unidad, de una coherencia que traspasa y marca definitivamente lo que este autor escribió; es así como la transparencia del autor prescribe la unidad de la obra. Doble simulacro éste, el de la ley y el de la expresión, por consiguiente juego de una doble función, la función *autor* y la función *obra*.

El autor, se supone, es aquel individuo que escribe algo y cuya escritura es ante todo un acto afirmativo; escribir es visto como expresión fundamental de una conciencia soberana, como el lugar originario de la creación, esa sustancia profunda que se levanta y afirma: “yo soy el nombre, la ley [...] mi intención debe ser vuestro precepto, plegaréis vuestras lecturas, vuestros análisis, vuestras críticas, a lo que yo he querido hacer”.⁷ El modelo de esta ley, como puede apreciarse,

⁷ Michel Foucault, *Historia de la locura en la época clásica*, v. 1, p. 8.

es correlativo al modelo de la expresión. La subjetividad creadora se localiza en el ámbito de una autonomía y es a partir de aquí que la subjetividad es lanzada hacia un proceso por el cual se manifiesta a sí misma bajo la forma de una objetivación; en otras palabras, adopta una forma externa al concretizarse en otra cosa, en otra superficie. La escritura, como acto de creación, es la configuración básica, material, expresiva, de una operación consciente e inconsciente a la vez, pero, en todo caso, labor centrada en la subjetividad que pone “fuera de sí” elementos esenciales.

La obra es la evidencia de ese precepto, la unidad sometida, la agrupación de escrituras que se revelan como la expresión de un pensamiento; unidad tangible dada por la conciencia que crea, que escribe. Hay entonces continuidades establecidas entre el autor y la obra, determinantes a tal grado que se puede pasar de uno a otra sin perder la seguridad del suelo que se pisa, pues en esta relación todo es limpio, diáfano. Pero, finalmente, “qué importa quien hable, dijo alguien, qué importa quien hable”.⁸ En la radicalidad de esta indiferencia se deja ver otra precaución, nuevamente la estrategia de la *suspensión*, porque detrás de estas nociones aparentemente diáfanos, lo que se retoma no es otra cosa que los senderos de la interioridad, cuando hemos visto que el afuera se afirma como disrupción de la unidad del sujeto que habla, que escribe, y es a partir de esta situación como la escritura sólo se identifica con su propia exterioridad y con nada más.

La ley de la muerte, sombra sobre la que se proyecta la inquietud del lenguaje, como escribió Michel de Certeau, anuncia no sólo el parentesco entre la escritura y la desaparición, sino también una conversión: de la narración como figura que convoca a la inmortalidad, conjuro explícito de la muerte, lo que hoy se descubre es, más bien, el sacrificio de la vida en la forma de la escritura: la obra tiene el derecho de matar, “de ser asesina de su autor”,⁹ escribió alguna vez Foucault. Si escribir se desarrolla como un desplome, el del sujeto, su significado, si es que tiene alguno, sólo podría darse como reconocimiento de una situación en la que el mismo Foucault se implica: escribir para perder el rostro, para alcanzar el límite tras el cual sólo está el vacío en el que él mismo desaparece. ¿Qué es lo que queda tras la muerte del autor Foucault sino la constancia de un rumor, de una fuga, la notificación de que tras de su risa no queda nada de él más que palabras, escrituras que vagan sin otra ley que su pura diseminación?

⁸ Michel Foucault, “¿Qué es un autor?”, p. 54.

⁹ *Ibidem*, p. 55.

Aunque, claro, frente a la palabra que prolifera de manera incesante hay barreras de contención que sirven para diferenciar las escrituras unas de otras. Decir que Foucault es el autor de la *Arqueología del saber* tiene, como función, independientemente de un cierto ejercicio de erudición, el dotar a sus escritos de un estatuto del cual no pueden desembarazarse fácilmente, pues con ello se asienta que de ninguna manera ésta es una palabra como cualquiera otra, no es “una palabra que va, que flota [...] sino que se trata de una palabra que debe recibirse de cierto modo y que debe recibir, en una cultura dada, un cierto estatuto”.¹⁰ La función autor, en este caso, la función Foucault, garantiza la unidad de una obra remitiéndola a un único foco de expresión a partir del cual poder resolver los elementos heterogéneos presentes en sus libros, sus desfases, sus propias refutaciones, en fin, aquello que tiene de múltiple y diverso. La función Foucault amarra las posibilidades de esa palabra que se va, que flota, a un ejercicio de control y de sometimiento que organiza y selecciona los discursos, los encuadra en una lógica que tiende a minar sus posibilidades, a limar sus asperezas.

¿Quién habla en esos textos firmados por Foucault? Si la noción de autor se encuentra dominada por una distancia insalvable, bien podría suponerse que tal distancia no es aquella que se establece entre Foucault y nosotros, sus lectores, sino la que separa a Foucault de Foucault mismo. “Está más lejos de sí de lo que jamás lo estaremos nosotros; Foucault nos sobrepasa, nos elude y embauca al condenarnos a una distancia interior, al permanecer reservado en una distancia sin interioridad.”¹¹ ¿Es esto una simple audacia o una broma para embaucarnos y reírse de los desvaríos producidos por una pluma? Lo anterior precisa otra cuestión, el nombre Foucault, que remite al individuo, al personaje, no es isomorfo de la función Foucault que remite a una obra. No se trata aquí de sostener la inexistencia del individuo, sino de problematizar la forma en que funciona la atribución de escrituras a un nombre propio que es recuperado como autor, cuestión que de ninguna manera es neutra. Por ejemplo, ¿es el mismo autor el de *Enfermedad mental y personalidad* que el de *Inquietud de sí*? Firmados ambos por Michel Foucault pareciera no haber problemas al responder que sí, que ambos libros son, por supuesto, del mismo autor. Pero la forma en la que estos textos, sobre todo el primero, han sido recuperados por los estudiosos marcaría una diferencia, quizá algo más

¹⁰ *Ibidem*, p. 60.

¹¹ Denis Hollier, “Las palabras de Dios: estoy muerto”, en *Michel Foucault*, filósofo, p. 128.

que un matiz. El libro *Enfermedad mental y personalidad* tiene problemas para identificarse sin más con el pensamiento de Foucault, pues en este texto hay una postura humanista muy próxima al análisis marxista de la alienación histórica y, en el colmo, se orienta a la constitución de una psicología científica y liberadora. Entonces, una de dos, o bien se opta por desdeñarlo asegurando que ese Foucault no es el mismo de sus obras posteriores, de tal manera que no vale la pena tomarlo en cuenta, o bien, se dice que, al contrario, muestra la forma de una evolución, de una superación que es entonces desarrollo de un pensamiento que se va concretizando paulatinamente.

En ambos casos la función de autor es el elemento previo que asegura una organización y selección de los discursos, pues define una serie de contenidos, un pensamiento, una coherencia que tiene que encontrar acomodo y expresión en la escritura. Incluso cuando alguien menciona el nombre Foucault, casi de inmediato se pone en juego este mecanismo pues se tiende a identificar ese nombre con una postura determinada: el pensador del poder, el filósofo antihumanista, el intelectual estructuralista, etcétera. Por eso el autor, como mecanismo, no se da de manera independiente sin su referencia a una obra o, más bien, al establecimiento de un cuerpo de escrituras que asumen el carácter de obra y que es, fundamentalmente, proceso de selección, ordenación y distribución de los discursos.

De todos modos, cabría preguntarse ¿cuál es la obra de Foucault?, ¿todo lo que escribió? Realmente ¿todo?, ¿los borradores, las tachaduras, las notas y comentarios escritos en los márgenes de algún libro, “la indicación de una cita o de una dirección, una cuenta de lavandería”?¹² Entonces, ese todo se matiza: sólo es obra aquella que es palabra cargada de significaciones; lo otro, lo que rebasa los márgenes y se desborda, es una palabra “sin cualidades”, palabra leve que no deja huella. ¿Pero quién define, entre los millones de huellas que alguien deja después de su muerte, aquellas que corresponden a una obra? Hay, por tanto, otra clase de operaciones que participan en esta distribución, pues el discurso no es poca cosa, no sólo es, como se nos quiere hacer creer, el lugar privilegiado de la expresión en la que se descubre un sentido, es también un campo de batalla, de lucha y confrontación, de ahí la necesidad de establecer ciertos mecanismos de control. En la pregunta anterior se localiza un desafío: más que tratar de darle respuesta por el lado de la identificación de una supuesta falsedad o engaño, se pretende mostrar la función en la que se instala, función que

¹² Michel Foucault, “¿Qué es un autor?”, p. 57.

deja ver la necesidad de rechazar, en el ejercicio de una lectura, en este caso de la lectura de algunos libros y textos escritos alguna vez por Foucault, los parámetros que inducen a descubrir el sentido oculto de las palabras, la coherencia de un pensamiento bajo el nombre de un autor, la unidad de una escritura dada por la presencia, en ella, de un sujeto que se expresa. El libro mismo no es el espacio de una afinidad ni responde al establecimiento de una coherencia, pues “su unidad es variable y relativa. No bien se la interroga, pierde su evidencia; no se indica a sí misma, no se construye sino a partir de un campo complejo de discursos”.¹³ El postulado de la coherencia y la unidad, y el de la originalidad creadora y el de la significación, muestran sus propios límites cuando se opta por un intento que acepta, de entrada, las discontinuidades, lo heterogéneo, el azar y la materialidad de las palabras, es decir, cuando se pretende asumir el carácter de acontecimiento que presenta el lenguaje. Frente a esos postulados no se intenta otro camino que el que señala el afuera.

Este pensamiento que se mantiene fuera de toda subjetividad para hacer surgir como del exterior sus límites, enunciar su fin, hacer brillar su dispersión y no obtener más que su irrefutable ausencia, y que al mismo tiempo se mantiene en el umbral de toda positividad, no tanto para extraer su fundamento o su justificación, cuanto para encontrar el espacio en que se despliega, el vacío que le sirve de lugar, la distancia en que se constituye y en la que se esfuman, desde el momento en que es objeto de la mirada, sus certidumbres inmediatas —este pensamiento, con relación a la interioridad de nuestra reflexión filosófica y con relación a la positividad de nuestro saber, constituye lo que podríamos llamar, en una palabra, “el pensamiento del afuera”.¹⁴

Entonces el afuera no indica la búsqueda de una salida que nos permita sustraernos al pensamiento, que nos coloque en un más allá de él; es, al contrario, un pensar afuera, fuera de todo territorio reflexivo que adopte la forma de una interiorización pero, también, fuera de ese exterior codificado que diagrama los intercambios de nuestra cultura; desaparición del sujeto, del “rey”, desaparición de la referencialidad de las palabras: sólo así es posible dar cuenta de ellas sin recurrir a lo que siempre se encuentra al otro lado de su límite borrando con ello su materialidad. Esta opción es, en la fuerza de su radicalidad, “un pensar fuera del corazón y del salón”.¹⁵

¹³ Michel Foucault, *La arqueología del saber*, p. 37.

¹⁴ Michel Foucault, *El pensamiento del afuera*, p. 16-17.

¹⁵ Tomás Abraham, *Los senderos de Foucault*, p. 19.